

AL HABLA CON NUESTRAS ESTRELLAS AMPARITO RIVELLES

dice:

Por EDUARDO ISAAC HERNANDEZ

—... Que febrerillo es un loco, el más disparatador de los meses del año.

—¿Por qué, Amparito?

—Es un informal. Cada cinco minutos cambia de aspecto. Tan pronto nos saluda embozado en un frío del demonio, como se pasea garboso, por esquinas y plazuelas, con un sol falso y embustero...

—Como el amor de la canción...

—Exacto. Si hasta parece una mujer sin amores, que todo lo acepta y con nada se satisface.

—Está usted sentenciosa, Amparito.

—Y contenta...

—¿Amores?...

—Puede...

—¿Es, quizás, por eso su escasa simpatía por febrero?

—Así es. Yo soy una mujercita cabal, y detesto las inconstancias...

—Entonces su mes, Amparito, será mayo, que no falta en el tiempo con las primeras flores, las primeras endechas y el sabor caliente del primer amor.

—¿Ha dicho usted mayo?... Pues cuidadito con lo que se dice, que puedo arañarle...

Y sus uñas largas, finas, agresivas, me cruzan las miradas de amenazas. Pero la pierdo el miedo, cuando la veo reír.

—Amparito, yo quería una foto suya paseando, haciendo esguinces a este sol jaranero y sin pizca de formalidad.

—Pues andando. En cinco minutos estoy vestida.

La veo marchar, pensando que, casi siempre, los cinco minutos de una mujer es una hora.

* * *

Y ya en la calle, Amparito Rivelles, alta, cimbreña, elástica, es un reflejo en la resolana, repleto de promesas constantes. Lleva un sombrero haldudo, un abrigo de piel, los ojos rasgados y una sonrisa sencilla. Sin estereotipia, en la comisura de los labios. Habla sin prisas, con expresión

Amparito Rivelles y Lodrón de Guevara en una escena de "Alma de Dios"



inteligente, no exenta de gracia madrileña, y tiene, indudable, una «pose» aristocrática que no parece aprendida, sino ingénita. Juega un poco a la despreocupación, otro poquito a hacer frases definitivas, y un poquito, también, a ser sentenciosa y ocurrente. En el fondo, pecadós veniales, en sus diecisiete años en flor, en su belleza en sazón, y en su arte iniciado con una perspectiva de triunfos prometedores. El fotógrafo nos sorprende, en plena calle, tejiendo y destejando unas preguntas.

Pasamos por la puerta de uno de nuestros cines ^{10 de}



Amparito Rivelles acompañado de nuestro colaborador Eduardo Isaac Hernández.

se proyecta la mejor película española. Nos detenemos en el juicio de unos comentarios.

—¿Quién la parece nuestro mejor actor cinematográfico?...

—Ese—y me señala al protagonista de «Raza».

—¿Su novio?...

—Sí, mi novio—y me lo dice con resplandores muy complejos, en sus ojos color de caramelo.

—Ya decía yo, Amparito, que Alfredo Mayo era el novio, digo el mes preferido en su calendario—expongo un poco torpe.

—Pero de esto—me dice, sin ningún miedo al qué dirán—usted no dirá nada, ¿verdad?...

—Mire, Amparito, yo solamente suelo decir lo que me acuerdo, pues si tomara notas se me olvidaría lo que me dijeran. Y a propósito, ¿en cuál película le gusta a usted más Alfredo Mayo?...

—En «Raza». No puede estar mejor. Y no me importa decirlo en voz alta, porque Alfredo no es vanidoso.

—¿Y en la que menos?...

—En «Sarasate». Es un papel que no le va a él, tan varonil...

—Ya, ya, le sacude cada bastonazo al violón, digo al violín—respondo sumergido hasta los pelos, en el camino de los disparates... Y menos más que Amparito me enseña las uñas largas, larguísimas—garras de mujer bonita—, pero sin decidirse a hacer uso de ellas.

Y claro, el comentario, sin dolerla, ha paralizado un poco la conversación, y rompemos de nuevo a andar, rodeados de curiosos que nos miran sin decidirse a intervenir.

—Amparito, ¿querría usted decirme qué director preferiría usted para sus películas?...

—José Luis Sáez de Heredia y Florián Rey... Tenga en cuenta que yo no hablo de cuál es el mejor director...

—Ya. Ustedes los artistas procuran siempre no quedar mal con nadie. Al revés de nosotros, los periodistas, que solemos no quedar bien con ninguno.

Me mira y se ríe. La invito a un aperitivo que ella acepta...

El sol de febrero se nos cuele por los cristales, sin latiguillos ni garambainas. Ella fuma un «rubio», y yo, de picadura, como el Julián de la «Verbena».

—¿Qué papel le gustaría a usted hacer en la pantalla?...

—El que no he hecho hasta ahora. Uno en el que fuera de la risa al llanto, o viceversa, sin detenerme a desgastar demasiado mis sentimientos en ninguno de los dos aspectos.

—Vamos, sí, como una mariposa encantadora, que liba de flor en flor y vive tan ricamente...

—Usted está haciendo oposiciones a un arañazo—me responde con una gracia agresiva.

—Usted perdone, Amparito—la digo, medio en broma, medio en serio—, pero a la sombra de esos ojos bonitos y ese sombrero ancho, anchísimo, mis preguntas salen alborotadas de cosquillas y hasta un poco pellonas, ante esa constante amenaza de sus arañazos, que estoy seguro no llegarán nunca.

—No cante usted victoria tan pronto.

—¿Qué le gusta más, el teatro o el cine?...

—Son completamente distintos. Me gusta más hacer cine, no obstante reconocer que el calor del público y el triunfo son más directos en éste que en aquél, y, desde luego, más difícil el teatro.

—Me aseguran que en Barcelona no son muy apasionados por el cine?...

—Acaso le encuentran más jugo en Madrid, pero en Barcelona hay público para todo.

—¿Muchas películas realizadas?...

—«Mari Juana», «Alma de Dios» y, últimamente, «Los ladrones somos gente honrada».

—¿En perspectiva?...

—«Malvaloca».

—¿Con quién, Amparito?...

—Con Alfredo Mayo...—y su voz suena a triunfo.

—¿En la Vicaría?—susurro torpemente.

—No, hombre, no, en «Cifesa»...—y me hace un mohín más estimulante que el «vermouth».

—¿Trabaja usted en el teatro?...

—No. Por ahora quiero hacer cine solamente, y estoy deseosa de hacerlo en Madrid. Hay proyectos para el futuro que un día cualquiera pueden ser realidades.

—A propósito de teatro, ¿quién le parece nuestro mejor actor?...

—Rafael Rivelles, mi padre...

—¿Y la mejor actriz?...

—Mi madre, María Fernanda Ladrón de Guevara.

—¿La mejor actriz de cine?...

—Sin trabajar, mi madre—me responde rápida—, Imperio Argentina.

—¿Qué le parece el arte de Imperio?...

—Que pide a gritos a Florián Rey...

Y no me atrevo a continuar por este camino, porque son las tres y alrededor de esta hora hay un tango candongo que no recuerdo bien.

Nos levantamos y la acompaño hasta el hotel. Su figura elegante, alta y marfileña, me deja prendido al encintado. Nos despedimos muy amigos y la felicito por su arte. Ya en el ascensor, bien cerradita, libre de sus uñas, la pregunto:

—Amparito, ¿quedamos en que Mayo es el mes de las flores?...

Abre la puerta, me llama antipático y me dice adiós con un palmo de lengua burlona, aguda y roja, como una fresa...

—¡A sus pies, Amparito!...



En un plano de la película «Los ladrones somos gente honrada».

